

Museos de arte de la UNAM

La tradición de lo emergente

Graciela de la Torre

Además de la enseñanza y la investigación, José Vasconcelos planteó como un propósito impostergable de la Universidad Nacional la difusión de la cultura. En el ámbito de las artes visuales, la UNAM ha desarrollado una extraordinaria labor museística, como lo corrobora la existencia y el funcionamiento del Museo Universitario Arte Contemporáneo.

Sin duda, el Museo Universitario Arte Contemporáneo genera en la actualidad la posibilidad de un nuevo modelo de gestión museal que, pese a ser paradigmático, se remonta al papel vanguardista de la oferta cultural universitaria de hace poco más de medio siglo.

La exposición *Desafío a la estabilidad. Procesos artísticos en México, 1952-1967* (presente en el MUAC de marzo a agosto de 2014) da sobrado testimonio de este fenómeno y de cómo, a partir de ese periodo, la Universidad generó opciones de consumo cultural que lograron sortear la censura de la época, construyendo un terreno propicio para el surgimiento, en las décadas subsiguientes, de nuevos espacios independientes y modelos emergentes de gestión cultural y museística.

Aquí nos ocupa comprender el papel desempeñado por los espacios universitarios versus la oferta *nacionalista* y la dictadura de la memoria por medio del objeto artístico, prevalecientes en el medio oficial a partir de los años cuarenta del siglo xx. En paralelo, subrayar cómo, desde el principio, nuestros museos formulan un planteamiento cultural alterno, incluyente y abierto en el que se integran diversas propuestas estéticas tanto mexicanas como internacionales, se privilegia el diálogo

intergeneracional y se impulsan la experimentación y el riesgo.

Proyectos emblemáticos, como la Casa del Lago, el Museo Universitario de Ciencias y Artes (MUCA) e incluso la Galería Universitaria Aristos, representaron el acceso a la libre producción artística e intelectual y a la libertad de pensamiento y acción, espíritu universitario al que en el siglo pasado habría de sumarse el rescate físico e intelectual del Museo Universitario del Chopo, el Museo Experimental El Eco y el Centro Cultural Universitario Tlatelolco (CCUT).

En 1959, Difusión Cultural de la UNAM inauguró la Casa del Lago en el edificio de arquitectura porfiriana que años atrás ocuparan el Museo del Automóvil y, posteriormente, el Instituto de Biología de la Universidad, sentando su propósito en crear un centro cultural ubicado fuera del *campus* y reactivar la influencia de la UNAM en diversas zonas de la ciudad. Su primer director, Juan José Arreola, confirió a Casa del Lago un sello perdurable como espacio de actividades interdisciplinarias, incluyentes y novedosas, que hicieron del recinto un sitio de socialización cultural, destacando el carácter desafiante y experimental de Poe-

sía en Voz Alta, las manifestaciones más audaces del teatro y la literatura y la Generación de Medio Siglo (o Generación de Casa del Lago), que encontró en este lugar un territorio que le brindaba la posibilidad no solo de experimentar, sino de trascender la censura bajo la batuta libertaria de la UNAM.

Sin perder ese espíritu fundacional, hoy la Casa del Lago ha redefinido una vocación interdisciplinaria vinculada con el medio ambiente, entendido como interacción entre agentes sociales, culturales, naturales y artificiales que condiciona la vida de la sociedad.

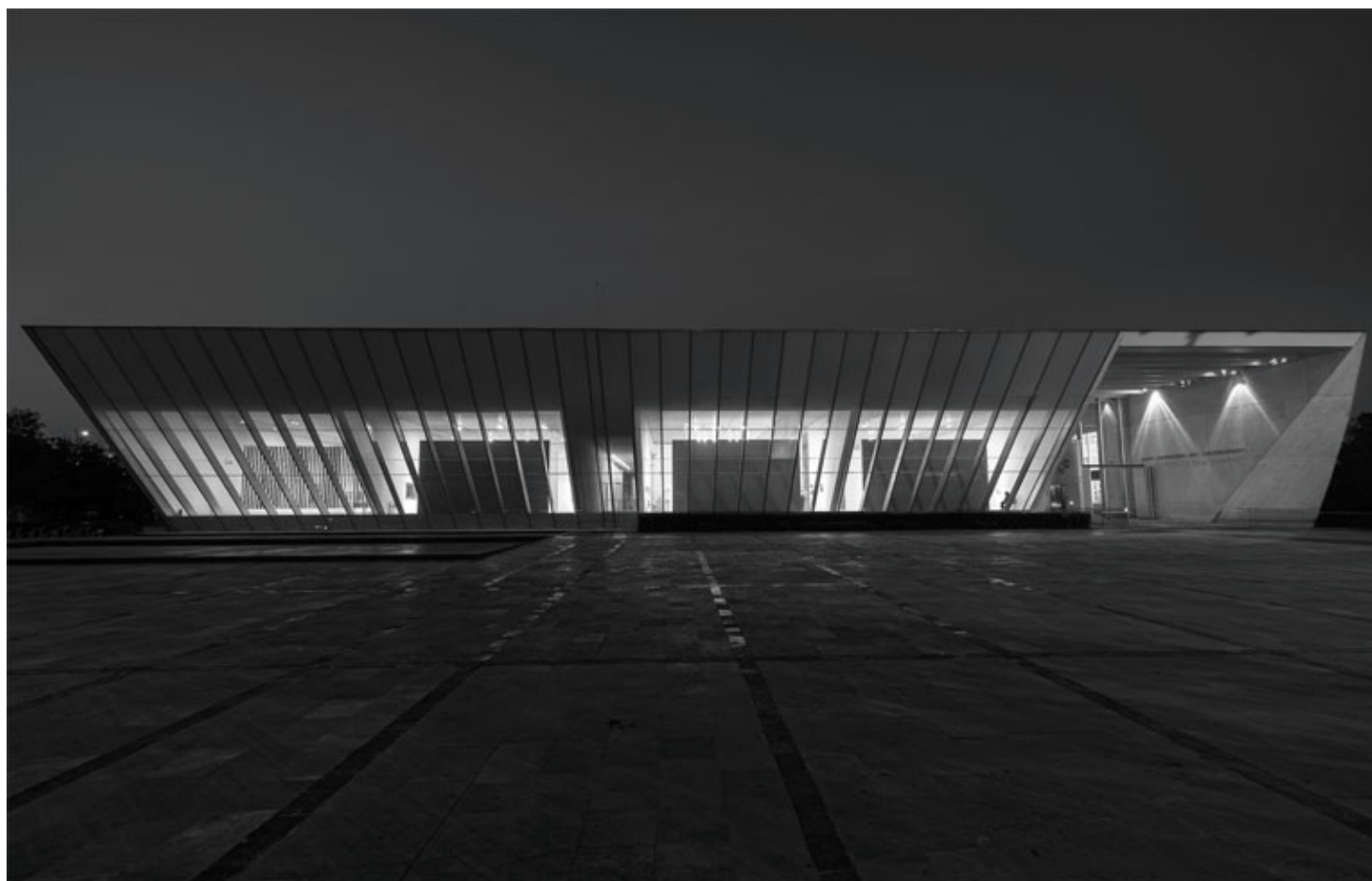
Desde el inicio de la construcción de Ciudad Universitaria hacia la segunda mitad del siglo XX, las autoridades consideraron la pertinencia de un sitio que tuviera “la posibilidad de aprovechar el conjunto intelectual, científico, artístico y humano de la universidad” dando luz, así, al Museo Universitario de Ciencias y Artes (MUCA). Este era un espacio museístico insólito para los años cincuenta: una planta libre de aproximadamente 1,200 metros cuadrados, sin rampas y con luz natural, que bajo la dirección de Helen Escobedo constituyó, en los años sesenta y setenta, un lugar de vanguardia para favorecer la experimentación museográfica y explorar temáticas tan diversas como la arquitectura, la ciencia, las matemáticas, la antropología, la ecología, la historia del arte... Con un perfil antagónico a la oficialidad del Instituto Nacional de Bellas Artes, el MUCA abriría sus puertas a los artistas “disidentes” desde el

Segundo Salón Independiente, subrayando así su condición crítica y de pensamiento autónomo de museo universitario.

A fin de complementar los enunciados expositivos del MUCA con un laboratorio extramuros que permitiera experimentos creativos y espontáneos, Escobedo establece la Galería Universitaria Aristos (1964-1998) y más tarde Sylvia Pandolfi cede esta vocación al Museo Universitario de Ciencias y Artes en la colonia Roma —MUCA Roma (1999)—, calificando a este último como “una acción desestabilizadora, lúdica y subversiva, encaminada al constante cuestionamiento de lo que se entiende por contemporáneo, público, artista y museo”.

MUCA Roma nunca ha perdido su vocación por el ensayo visual y transdisciplinario, por el análisis e investigación del arte contemporáneo, constituyendo sus planteamientos curatoriales un desafío para el medio artístico y las audiencias de su geografía capitalina.

El edificio de acero adquirido por Porfirio Díaz en 1902 que hoy es sede del Chopo fue incorporado a nuestra Universidad en 1929. Restaurado y reinaugurado en 1975, a iniciativa de Helen Escobedo, se dedicó a las artes plásticas y escénicas. El Chopo se distinguió por una programación que privilegiaba un arte de vocación experimental, realizado por productores emergentes, muchos de ellos estudiantes universitarios, con numerosas exposiciones que dieron cabida a obras en soportes nuevos y no convencionales (como la instala-



Museo Universitario Arte Contemporáneo

© Oliver Samarra



Museo Universitario de Ciencias y Artes Roma



Museo Experimental El Eco

ción y el *performance*) en un momento en el que la gran mayoría de las instituciones museísticas del país seguían mostrando exclusivamente pintura y escultura. Es muy importante mencionar que su origen universitario permitió —y permite— al Chopo constituirse en un paradigma de inclusión sociocultural y acoger acciones transgresoras. Hoy se ha rescatado la vocación inicial del Chopo al explorar y activar la heterodoxia cultural mediante iniciativas multidisciplinarias, en diálogo con colectivos culturales emergentes y redes independientes, y con programas dirigidos a la comunidad universitaria y al público en general.

Dentro de esta tradición universitaria que combina la recuperación arquitectónica y patrimonial con la resignificación cultural a partir de espacios emblemáticos están el rescate del Museo Experimental El Eco de Mathias Goeritz (2005) y la creación del Centro Cultural Universitario Tlatelolco (2004) en los espacios que cediera la Secretaría de Relaciones Exteriores.

El espíritu del Centro Cultural Universitario Tlatelolco y de su Memorial del 68 no podría activarse en otro ámbito que no fuese el universitario, dada la posibilidad de educar críticamente la memoria y proporcionar un sentido a las resistencias. Pero es también gracias a la voluntad universitaria de abrir zonas de riesgo, esta vez en el campo de la museología, que en su Sala de

Colecciones Universitarias el CCUT ensaya un laboratorio para dar cuenta del patrimonio universitario en simbiosis con el lenguaje museográfico y con propuestas curatoriales inéditas, de modo tal que la exposición se convierte en la mediación misma.

Por su parte, El Eco había sido construido en 1953 por Mathias Goeritz, a encargo del empresario jalisciense Daniel Mont para, en palabras de Goeritz, “hacer eco a las posibilidades artísticas infinitas de México en la segunda mitad del siglo XX”. Acorde con su espíritu fundacional, el Museo Experimental El Eco, en el inmueble de Goeritz que la UNAM adquiere (2004) y rescata, constituye una caja de resonancia y de tensión entre la modernidad y lo contemporáneo, y entre las artes visuales, la reflexión espacial y la interacción social.

Al rebasar en muchas ocasiones las funciones que le corresponderían a un organismo de educación superior, la Universidad ha abrazado proyectos que sus integrantes consideran urgentes para el desarrollo del país, al tiempo que consecuentes con los procesos de resguardo y promoción de la cultura que se ha abrigado en ella.

Como el arte contemporáneo carece de significado para el discurso posrevolucionario, el Estado mexicano nunca hizo esfuerzo alguno para dotar a la infraestructura museística de un museo para el arte actual y tam-

poco de una colección que le respaldara. En contrapartida, en 2008, la UNAM inauguró en su centro cultural el Museo Universitario Arte Contemporáneo (MUAC), al tiempo que comenzó a crear un acervo artístico y documental como referente público y razonado del arte mexicano contemporáneo.

Sobre la concepción del MUAC, baste recordar tres criterios a los que responden el diseño arquitectónico, el planteamiento museológico y el modelo de gestión, con los que el MUAC subraya y se beneficia de su condición universitaria. El primero se refiere a sus espacios, definiendo como un factor primordial los valores de accesibilidad e integración que, en muchos sentidos, han convertido a la UNAM en un proyecto perdurable. El segundo es considerar como común denominador de todas sus iniciativas el ejercicio del pensamiento crítico y autónomo y la generación de conocimiento y de experiencia estética. La posición universitaria también obliga al MUAC a ser una fuerza eficaz de inclusión, tanto de arte localizado en rangos de edad, género y temporalidad no atendidos por el sistema hegemónico, como en relación con su enclave cultural y geográfico, a procurar la experimentación y el debate. Su excepcional emplazamiento plantea la ambición de producir conocimiento social sobre la producción artística junto con la intención de intervenir en los circuitos de visibilidad y el canon cultural, de albergar proyectos con

capacidad de convocar públicos masivos, a la vez que atender al interés de la comunidad universitaria y artística, de presentar formas de arte intelectualmente ambiciosas y políticamente radicales y de ser también una sede de vida académica.

Como en el parteaguas del siglo pasado, cuando los museos universitarios fueron decisivos para la generación de una cultura visionaria y emergente, nuestras instituciones museales tienen ante sí retos conceptuales, políticos, sociales y museológicos que les demandan establecer, en el siglo XXI, discursos que proporcionen visiones de la realidad diversas, antagónicas, por medio del arte contemporáneo. Deben también producir diálogos entre la experiencia derivada de la visita al museo y la cotidianidad de los sujetos, valorar la subjetividad y las relaciones subjetivas que se producen en el espacio museal, y concebir el aprendizaje en relación con la participación activa del público, en tanto agente de su propia experiencia sensorial, física y emocional.

Atento a su tradición, hoy el Museo Universitario Arte Contemporáneo ocupa un lugar privilegiado en el devenir cultural, proponiendo formas inéditas y vitales de gestión museológica, hasta hoy inmunes a la sociedad del espectáculo, y capaces de transitar en un escenario urbano cada vez más marcado por la violencia social, por la desigualdad y por la dominación de los medios de comunicación de masas.



Centro Cultural Universitario Tlatelolco

© Barry Domínguez